

Dios no tiene fin. Dios es el principio y la causa y origen de Sí mismo. Es el Ser necesario, perfectísimo, omnipotente y hermosísimo. ¡Oh Señor!, «*Tú eres la misma esencia de tu vida y de tu felicidad. Tú ser es vivir, y tu vivir es entender, y tu entender es amar, y tu amar es gozar, y tu gozar es tu ser, y tu ser es todo ser.*» Dios es su esencia. «*No es posible dar una definición propia de Dios, porque la definición consta de género y diferencias, y Dios está sobre los géneros y diferencias. Y es clarísimo que tampoco se puede dar la prueba demostrativa de Dios nada más que por los efectos, ya que el principio de la demostración es la definición de su ser. Y entonces sólo conocemos a Dios cuando creemos que su ser es sobre cuanto el hombre puede pensar de Dios*» (Santo Tomás, *Contra gentes*, lib. I, caps. 25 y 9). El conocimiento más propio que de Dios puedo tener en la tierra es el que me da la fe, y la fe me enseña que Dios es infinito y no tiene origen. Es el ser necesario, y su esencia es su ser, desde siempre y para siempre.

Me alegró leer que Aristóteles, siendo pagano y no sabiendo deshacerse del politeísmo, llegó a la gran prueba de Dios creador de todo, y en sus últimos momentos levantaba su corazón a Dios y le invocaba diciendo: *Causa de las causas, ten misericordia de mí*, y no tengo duda que Dios le recogería en su infinita bondad. Es la plegaria que con otras palabras decía David y decimos con hu-

mildad todos los cristianos: *Dios mío, ten misericordia de mí*. Dios creador de todo, Dios infinito y fin de todas las cosas, acógeme en tu cielo. Gran entendimiento, gran filósofo era Aristóteles.

160. Alma noble y recta que, en medio del error en que nació y en que vivía, había dicho: *Lo más grande y noble del hombre es pensar en Dios y por lo mismo hablar de Dios*, y Dios le llevaría a ver su esencia y a ser eternamente feliz viviendo en Dios.

Por esto gusto yo de pensar en Dios y hablar de Dios, aun cuando no sepa hacerlo como quisiera. También para Santa Teresa era el gozo más grande pensar y hablar de Dios y gozaba en no poder entenderle, porque si ella le entendiera, no sería muy grande. Y veía que todo era nada comparado con Dios, que era lo que ningún entendimiento puede llegar a comprender, y se veía ante El *con soberano acatamiento*; veía que todas las cosas estaban en El como en un muy claro e inmenso diamante.

Sólo Dios es el infinito y no puede haber nada más que un infinito y es ciertamente falso el politeísmo o pluralidad de dioses. Sólo Dios es Dios omnipotente, y no hay más que un Dios, creador de todos los seres. Si el Bien infinito es el que tiene todas las perfecciones en sumo grado, de tal manera que no puede haber ni una sola per-

fección absoluta que Dios no tenga real y actualmente y las relativas de modo eminente; si hubiera otro infinito, ya Dios no sería infinito, porque había alguna perfección de que carecía, la que distinguía al otro como ser diferente, y esto es contra la esencia misma de Dios y contra las propiedades del Ser necesario, que señala la razón; como no puede existir ni un solo átomo que no haya sido creado por Dios y de Dios recibe las propiedades; si hubiera un solo átomo no creado por Dios o que no dependiera ya de Dios, no sería omnipotente, ni infinito, ni perfectísimo; no era creador de todo, estaba limitado.

Sólo puede haber un solo Dios. Y eres Tú, Dios mío; eres el sumo Ser, el Infinito en toda perfección, en todo gozo, en toda dicha, en todo poder, en la suma actividad del sumo entender, amar y gozar. El entender de Dios es su gozar y su vida feliz. A los hombres nos cuesta mucho discurrir y entender acertadamente lo poco que entendemos. El infinito entendimiento se está siempre comprendiendo y en Sí comprende todas las cosas que ha creado y las posibles. No puede haber sombras en el divino entender ni intervalos. Como el sol, mientras es sol irradia continuamente luz y calor, Dios continuamente, desde siempre, se ha entendido a Sí mismo, se ha amado a Sí mismo y tiene en Sí mismo, desde siempre, la vida infinita de dentro en entender y en amar en permanente

e inacabable gozo. Se conoce sin tener principio, eternamente. Aquí, oh Señor, mi entendimiento se anega, y admira tanta luz, tanta grandeza, y te ama y desea unirse a Ti.

161. El entendimiento humano, cuando quiere encontrar o tener la alegría y dicha de que carece, acude a la ficción del cuento y de la novela; se deja llevar de sueños que no tienen realidad. Dios se conoce a Sí mismo tal como es, sin ficción ninguna; es la realidad perfectísima en toda delicia, en todo encanto, en toda luz y verdad. Es la Verdad infinita y el Creador de toda verdad; es el Creador de todos los mundos y de todas las leyes y propiedades de los mundos y Creador de las energías de los mundos y de los seres.

Estudian los sabios de la física y de la química y de cualquier otra ciencia. Se esfuerzan en el estudio para adquirir la sabiduría. Muy noble es la sabiduría. Cuando no está infatuada con la soberbia es la que más acerca a Dios, después de la virtud. El estudio ha llegado a obtener los inventos modernos, tan maravillosos, sobre la materia y la naturaleza. Estoy hablando en un lugar determinado y se me puede oír en todos los lugares de la tierra y aun quizá, con el tiempo, de algunos astros. Parece que las distancias están llamadas a desaparecer por la rapidez de los inventos. Vemos que a millones de kilómetros rectifican y dirigen,

aun cuando todavía muy imperfectamente, los misiles, que envían a los astros. Cada vez se van descubriendo más sorprendentes y maravillosos inventos, sin que podamos adivinar hasta dónde se llegará. Pero los sabios sólo hacen descubrir las leyes y las energías y propiedades de la materia y aplicarlas. Ellos no ponen ni las leyes ni las propiedades, y ni aun saben qué es la sustancia de las mismas cosas que tratan. ¿Quién sabe lo que es la luz, aun cuando todos la vemos? Quien ha puesto las leyes y las propiedades a los seres es Dios, el mismo que creó los seres. ¿Qué será Dios? ¿Qué será y qué sabrá el Criador de todo? Y aun mirando al alma, ¿qué será y qué podrá el alma cuando se despoje del cuerpo y entre en la verdad de Dios? ¿Qué verá y qué podrá y qué gozará en Dios cuando lo verá todo en Dios y no por discurso, sino en visión momentánea y continua y todo junto en una mirada?

Pero todo lo que el hombre sabe y aun en el mismo cielo sabrá, es nada comparado con el infinito entender y saber de Dios. Sólo Dios conoce su gloria. Sólo Dios conoce su infinita grandeza y lo infinito de sus infinitas perfecciones. Sólo Dios conoce la gloria que equitativamente tiene que dar a cada una de las almas según las virtudes que practicaron y según los pensamientos, las acciones y el amor con que vivieron,

162. La principal potencia o facultad del hombre es el entendimiento. La dicha y la felicidad del hombre no puede estar en la imaginación, con sus sueños y fantasías de cuentos y novelas, por entretenidos que sean; la dicha ha de estar en la realidad del entendimiento, y del entendimiento irradiará a las demás potencias y a todo el ser. Por una inmensamente más perfecta y alta manera, esto mismo pensamos de Dios. La infinita dicha de Dios está en su entendimiento infinito y del entendimiento entendiendo con intelección actual infinitamente toda su esencia y en su esencia todos los seres posibles, se llena de dicha todo su Ser.

Bien veo que el ser de Dios es su entender, y su entender es su amar, y su amar es su gozar, porque es el sumo Acto, sumamente puro y simplísimo, y todo en un acto continuado y perfectísimo. Y el querer de Dios es su obrar. Dios es el infinito gozar.

«La operación propia de la sustancia espiritual es entender, y esta operación es su último fin. Estas operaciones tanto son más perfectas cuanto sea más perfecto y hermoso su objeto. De modo que entender lo más grande y perfecto que pueda existir es el más perfecto y alto entender. Lo más perfecto que puede existir es Dios infinito. Y por lo mismo entender a Dios es la felicidad o último fin

de la sustancia espiritual» (Santo Tomás, *Contra gentes*, lib. III, cap. 25).

La felicidad es el gozo por la posesión de la verdad. La felicidad es el gozo en Dios por la posesión y visión de Dios, que es la suma Verdad y la eterna Verdad. El entendimiento se llena de la luz de la eterna verdad, quedando en perpetuo éxtasis ante tanta maravilla, saturado de Dios en la exaltación del gozo ininterrumpido.

Ahora en la tierra sentimos, a veces, ciertas satisfacciones, más o menos intensas, casi siempre por la influencia de la imaginación en casi todos los órdenes, sin exceptuar el espiritual. La imaginación impresiona a los sentidos y ayuda a producir más o menos satisfacción. La imaginación hace las descripciones.

Pero la exacta e infinita verdad es el entendimiento de Dios. El crea todas las cosas. Por eso la felicidad y la gloria es la visión de Dios. Mi entendimiento, con la visión de Dios, recibe la plenitud de la verdad según la capacidad de entender que yo haya hecho en mí con la virtud vivida. Mi entendimiento recibe en Dios la plenitud de hermosura, de grandeza, de poder, de saber y de gozar. Es ya el conocimiento en la verdad y en la realidad de Dios, suma Verdad. *¿Qué no sabrá el que lee en quien todo lo sabe?* La causa creadora de todos los seres existentes es la bondad divina.

¿Qué no tendrá el que tiene al que lo es todo y lo puede todo?

163. Ahora yo ni me conozco intrínsecamente a mí, ni menos conozco a las personas con quien trato. Una de las alegrías que tendremos en el cielo, grande, aunque muy pequeña comparada con la visión de Dios, es que allí nos veremos y nos conoceremos todos y sabremos ya ciertamente el amor que cada alma tiene a Dios y el amor que nos tenemos unos a otros. Ya allí ni cabe el engaño ni la equivocación. Allí tendremos la confianza porque vemos lo que hay dentro del alma para con nosotros. Ahora no veo el amor que me tienen. Quizá quien juzgo yo me tiene un muy intenso amor me vende y siente aversión contra mí. Ignoro quien me ama. En el cielo lo veo. Veo el amor que hay en el alma de cada uno para con los otros y el amor que tiene a Dios. En el cielo veré a Dios y en Dios a todos los demás, y en Dios me gozaré del gozo de los demás y amaré más al que más amó a Dios, porque participa más de Dios, porque tiene más vida y más hermosura de Dios.

Tampoco ahora comprendo por qué he de amar más a Dios que a mí mismo. En el cielo veré en la luz de Dios que le amaré más que a mí, porque es el sumo Bien y es mi Criador, y yo existo y seré feliz porque participo de su bondad. El sumo Bien es lo más amable que hay y se le ha de amar más

que a todos, y en el sumo Bien amaré a todos los demás.

A mí—y a cada uno en particular—se comunicará el sumo Bien según la santidad que hayamos tenido. Según sea mi entrega y mi amor en la tierra participaré en el cielo de la felicidad de Dios y será mi visión de Dios y mi conocimiento de Dios y en Dios de todos los seres y verdades. No conocerá más del universo y de los seres el que tuvo mayor inteligencia y mayores conocimientos en la tierra, sino el que amó más a Dios.

Cuánto afán veo en los hombres, aun en los sacerdotes y religiosos consagrados a Dios en el estado de perfección, por saber algo de la tierra, de los astros, de las leyes de la naturaleza. Cuánto afán por leer literatura y ciencias para saber algo, y cuántos gastos hacen las naciones para lograr algún invento. Y es nada o como nada lo que llegan a conocer y saber. Pero el alma en el momento que entra en la visión de Dios conoce los mundos y los secretos y leyes de los mundos y de los seres; conoce las historias que pasaron y aun las que están por venir, y las conoce sin trabajo, sin esfuerzo, antes con sumo gozo, porque las ve en Dios y se ve a sí mismo en el gozo de Dios. Y verá más y gozará y conocerá más, no porque supo más, sino porque amó más a Dios. Y ve y goza porque toda esa grandeza y maravilla es nada comparada con la visión y el gozo por la posesión de Dios

infinito, Criador de todo ello. Ve que todo eso es ya suyo y puede usar de ello en Dios. Ya no es la impresión de una ficción de la fantasía en una novela o en un cuento; ya es la divina realidad; ya es el entendimiento totalmente lleno de Dios, poseyendo y gozando a Dios y en Dios de todas las cosas. Del entendimiento rebosa a la voluntad y es la exaltación de la fruición del gozo y de la alegría de Dios; es cuanto deseaba y ya no puede desear más. Es la felicidad. Tiene a Dios y en Dios todas las cosas.

164. No puede haber felicidad sin gozo y sin el gozo de Dios. El gozo infinito de Dios en el alma es la posesión de Dios. Con este gozo el alma ha llegado a poseer mucho más de lo que deseaba y queda llena, satisfecha. Nunca en la tierra pudo concebir la tuviera Dios preparada tantas grandezas. Tendrá llenez de gozo, saturación de contento y será continuo, actual, simultáneo, para siempre.

Por lo mismo que en Dios conoceré la verdad y todas las cosas, me amaré ya en Dios, y no me amaré más a mí que a Dios, sino que amaré más a Dios que a mí y a mí en Dios; y amaré más a aquel que más amó a Dios, porque participa o recibe más de Dios, y aquél me amará más a mí, porque me ama en el amor de Dios. Ya no hay engaño ni equivocación. Es la confianza y la exaltación del

gozo mío propio y del gozo y amor de todos los bienaventurados. Para siempre *bienaventurados, Dios mío, los que te ven y son admitidos a la unión contigo*. Bienaventurados los que tan intensamente se aman en tu amor y se gozan en tu gozo. Bienaventurados los que viven el gozo de infinita verdad. Ya para siempre estaré envuelto y sumergido en la luz y en la hermosura y en la bondad de Dios.

Aun de sólo pensar en el gozo, en la dicha, en la exaltación de bien que tendremos, parece se llena ya el corazón de contento. ¿Qué será cuando entremos en el gozo de Dios? ¿Qué será cuando nos inunden las misericordias del Señor? Estaré y me sentiré lleno, lleno del gozo de la posesión de la verdad y de la posesión del amor. Estaré identificado, en cuanto pueda identificarme, con la misma gloria de Dios y para siempre. Si tanto me admira conocer las grandezas y bellezas de la tierra, ¿cuánto no gozaré conociendo y poseyendo las infinitas maravillas e inefables hermosuras de Dios? ¿Qué será estar envuelto en el mismo Dios? ¿Qué será Dios?

Y ahora aquí en la tierra, en este momento, esta divina realidad se da en mí. Dios está en mi alma. Yo estoy en Dios. Es verdad que no lo siento ni lo veo aún. Es verdad que me cuesta fijar mi atención detenidamente en esta divina hermosura; pero si en el cielo el hombre todo rebosa felicidad, por-

que está lleno el entendimiento de la verdad de Dios, también ahora la fe me enseña a llenar mi entendimiento, aunque a oscuras y sin gloria, diciéndome que Dios está en mí. Mi vida interior es estar en Dios y con Dios. Me recojo para tener mi atención fija en Dios y para que Dios me llene de Sí.

165. Mi oración es estar sumergido en Dios y envuelto en este foco de felicidad, insensible todavía, pero real. Tengo a Dios y Dios me tiene a mí todo empapado dentro y fuera. Debo mirarme saturado de Dios; debo mirarme en Dios y a Dios en mí. Dios está obrando su obra de amor y de transformación en mí. Mi oración perfecta no es lo que yo haga ni lo que yo discurra o imagine para excitar mi amor—y debo hacer cuanto serenamente pueda—, sino lo que Dios hace en mí y cuanto Dios pone en mí. Para calentarme al sol o recibir su luz no tengo nada más que ponerme al sol; el sol irradia sobre mí el calor y la luz. El alma tiene que recoger por la atención, por la entrega, por las virtudes, cuanto el Señor quiere comunicarme.

Si miro a Dios en todas las acciones, en todos los acontecimientos y en todas las criaturas y que todo viene permitido por su providencia para mi bien, obraré siempre con toda mi diligencia y con el mayor primor y amor que pueda. Busco a Dios

y encontraré a Dios en todo. Esto sobrenaturaliza todas las acciones.

Ver a Dios es toda mi ilusión. Estar en Dios es todo mi contento. Le veo con la mirada de la fe, y la fe me enseña que está en mí. Dios me llenará de su luz, de su verdad y de su hermosura. En mi vida de oración y en el ejercicio de las virtudes, Dios me está llenando de su gracia y de su amor. Está obrando en mí la santidad. Quiero recogerme en silencio en Dios y esperar a Dios. Los santos vivían a Dios. Los santos no miraban a Dios fuera de ellos o allá muy lejos, en un cielo muy distante; le miraban dentro de sí mismos y le encontraban. Muy delicadamente me lo dice San Juan de la Cruz en una preciosísima estrofa llena de paz, de serenidad, de gozo y de belleza:

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

El santo, mirando a Dios dentro de sí, dentro de su entendimiento, dentro del alma, dentro de su cuerpo, manso y amoroso, sabía que se empapaba en santidad, se empapaba en bondad, se empapaba en luz y en hermosura y en cielo. El santo,

viviendo en la oscuridad de la fe, vivía a Dios y le canta con delicada belleza de luz eterna y expresa con impalpable hermosura las misericordias del Señor en su alma.

También el alma santa pone su mirada en Dios. Con mirada de fe se fija en Dios, Dios infinito, sin figura, sin detalle. Mira a Dios dentro de sí mismo; mira la esencia de Dios en la esencia del alma, y le ve también en la fe, según la delicadeza de su vida, según sea el ofrecimiento y el vencimiento, según sea el amor. Y ve sin ver, entiende no entendiendo algo supremo, suma luz y verdad y hermosura dentro de sí misma. Eres Tú, Dios mío, Dios infinito. Eres Tú, Dios eterno y omnipotente.

Y de nuevo se me presenta la eternidad. La eternidad es la felicidad; la eternidad es la gloria actual, es la dicha actual, es Dios infinito, siempre luz y exaltación de gozo. Sólo Dios es la eternidad y está en mí. La eternidad es el conjunto simultáneo de todas las perfecciones: de entender, de amar, de gozar, de sobrenatural delicia. Dios está en mí y yo estoy con Dios y en El vivo. Dios me ha llamado; a Dios me he ofrecido y de modo especial está en mi alma cuando me recojo en la oración. Dios está poniendo en mí la vida nueva, está transformando mi alma en lo sobrenatural, está tomando posesión de mí. Pero lo hace miste-

riosamente, calladamente. Dios mío, si ya yo hubiera muerto perfectamente a mí mismo, qué maravillas habrías ya obrado en mí. Bienaventurada el alma que se deja guiar y gobernar de la fe, que es dejarse guiar y gobernar de Dios, no visiblemente, no sensiblemente, porque no se hace Dios visible, pero realmente dirige al alma por sus leyes y por los superiores.

Quien no se deja gobernar, quien no es sumiso a la obediencia, quien no vive la caridad con los hermanos, no sigue las inspiraciones de Dios. Dios no puede obrar libremente, como quisiera, su obra. Si yo me determinara, Dios mío, a sobreponerme a mí mismo, si me pusiera confiado en vuestras manos y viviera ciegamente la fe, ¡qué maravillas obraríais en mi alma! ¡Cómo me empaparíais en vuestras misericordias! Aun cuando viviera muy a oscuras y en mucha aridez, gozaría viendo que Vos estáis en mi alma y amándome y que estáis haciendo de mi alma un cielo.

166. Cantaban los santos la redundancia del gozo que, aun en este mundo, sentían por vuestra presencia y vuestras bondades. Decía San Juan de la Cruz que el alma, con vuestra presencia, recibe gusto de esencia divina. ¿Qué será tener sabor a esencia divina? En esta expresión se alude a lo infinito de Dios. Y esto lo gusta el alma en conoci-

miento y sabiduría de fe, porque ha vivido perfectamente la virtud y la vida interior.

Dios mío, Dios mío, si así viviera, podría con verdad decir:

Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

.....
Es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Sobreponiéndome a toda imaginación, sobreponiéndome a todo pensamiento, sobreponiéndome a mí mismo en alas de la fe, mi alma irá toda ciencia trascendiendo. Dios me infundirá *este saber no sabiendo*, — *que es de tan alto poder*. Dios envolverá mi alma en su luz, obrará en mi alma la sobrenaturalización, la transformación, la unión de amor con El.

Y recordaba que *la oración es de su naturaleza y condición unión del alma con Dios*. Dios quiere purificar mi alma y vaciarla de los gustos para iluminármela, para hermosteármela en mis pensamientos, en mis deseos, en mis aspiraciones y amores.

En la oración está el alma con Dios de modo muy especial e íntimo y Dios en el alma. Está todo, pues es simplicísimo; está con amor infinito y

está enseñando y hermo­seando al alma; está llenándola de su amor. Está íntimo, haciendo su obra de transformación y de unión con El. Yo escojo la vida retirada porque escojo vivir con Dios, unirme con Dios. Dios me ha llamado para hacer esta unión. Y pensar, Dios mío, que depende de mí que se realice, debiera animarme a todos los heroísmos que fueran necesarios. Porque aun cuando es Dios quien ha de hacer la unión y sólo El puede hacerla, es cierto que no deja de realizarla cuando el alma está suficientemente preparada. Y la preparación depende de mí, de mi entrega perfecta. Dios no deja de darme la gracia para que me prepare.

Que no ponga yo, oh Señor, obstáculo a tu gracia. Que yo me meta en tus misericordias y obra en mí no según mi gusto ni según mi imaginación y como yo comprendo, sino según tu grande misericordia y providencia de Padre. Dame fortaleza para que me sobreponga a mí mismo y me despre­gue de las cosas y afición a criaturas, para vencer mi negligencia y mi pereza y que entre ya de lleno en Ti. Entonces, recogida mi alma dentro de sí misma contigo, me unirás a Ti.

¿Qué será la unión del alma con el Infinito, con el Inefable? ¡Qué gozo tendrá el alma sabiendo que está unida contigo y qué sentirá cuando quieras hacerte sentir en amor! Mi gozo es de que me he ofrecido a Dios y estoy en Dios y Dios está en mí. ¡Mi gozo es de que Dios me llena!

¡Mi gozo es de que Dios me ha recibido y se me da! ¡Bendito seas, Dios mío! ¡El Creador de los mundos, el Infinito, el que es la gloria de los ángeles, está en mí! ¡Yo le hablo y me comunico con El con especialísimo amor en la oración! En la oración espero a Dios.

UNDECIMA LECTURA - MEDITACION

EN EL CIELO VEREMOS Y POSEEREMOS A DIOS,
SUPERIOR A TODO CONOCIMIENTO

167. Me gozo en repetir las palabras de la Escritura Divina: *Grande es nuestro Dios; la ciencia no puede comprenderle.* Y hago mía la admiración de David cuando dice: «¿Dónde podré yo esconderme que no esté Dios allí? Si subiere a lo alto del cielo, allí está Dios; si me alejare y sumergiere en lo profundo del mar, también allí está Dios. No hay escondrijo donde Dios no esté. *Alaba al Señor, alma mía; alabad al Señor, porque justa cosa es cantarle himnos. Cántese a nuestro Dios un cántico grato y digno... El cuenta la muchedumbre de las estrellas y las llama a todas por sus nombres. Grande es el Señor Dios nuestro, y grande su poderío, y sin límites su sabiduría*» (Salmos 145 y 146).

Dos cualidades se hacen resaltar sobre las demás: que Dios es grande, omnipotente, y que la inteligencia humana no puede llegar a comprender tanta grandeza y perfección.

La filosofía pagana y la filosofía racionalista, pagana por apostasía, no han podido llegar a ver tanta altura y tanta hermosura, porque, habiéndose apartado de la luz de la teología, no tienen claridad para percibir tan maravillosos conceptos.

¡Dios! ¡Dios infinito en perfección! Dios es sobre toda ciencia, sobre todo conocimiento, sobre toda luz, sobre todo cuanto la inteligencia y la imaginación pueden pensar o soñar. Dios infinito e inmenso está en todas partes. La realidad de Dios perfectísimo y personal me acompaña y está en mi intimidad. El remordimiento de la conciencia cuando no cumplo con mi deber, aun cuando ningún hombre lo vea ni lo haya de saber, es la mirada de Dios, grabada en mi alma. Aun cuando vaga e imprecisamente, todos sentimos a Dios y a todos nos habla y llama Dios.

168. Dios tuvo conmigo la misericordia de que naciera en una familia buena y mis buenos padres me enseñaron la fe y con la luz de la fe recibí más luz de Dios y un conocimiento más alto y más grande, aun cuando vago e impreciso, que el conocimiento que se adquiere por la filosofía o por los estudios de dilatadas y complicadas ca-

rreras y de continuas y fatigosas lecturas, imprescindibles para adquirir alguna erudición. Dios ha suscitado en mi interior por Sí mismo una claridad de su grandeza y hermosura; una claridad que, aun siendo imprecisa, excede a los conocimientos que me pueden enseñar los hombres sabios y buenos; es *ese no saber sabiendo* más alto y delicado que la sabiduría de los eruditos.

Me agrada cuando rezo repetir con David: *Con tu ley divina me hiciste superior en prudencia a mis enemigos, porque la tengo permanentemente ante mis ojos. He comprendido yo más que todos mis maestros, porque tus mandamientos son mi meditación continua. Alcancé más que los ancianos, porque he ido investigando tus preceptos... ¡Oh, cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. De tus mandamientos saqué gran caudal de ciencia... Antorcha para mis pies es tu palabra y luz para mis sendas.*

Has sido Tú mismo, Dios mío, quien ha puesto en mi corazón este vago y luminoso conocimiento de Ti y esta inmensa y nobilísima aspiración hacia Ti. Guiado por esta luz, he venido a esconderme en Ti mismo, esmerándome en vivir con la mayor perfección la vida interior. Sólo Tú me has llamado a vivir tu misma vida dentro de mí mismo; sólo Tú me enseñas y ayudas a dejarme transformar, negando mis apetitos, para hacerme una misma cosa Contigo.

Cuando Tú, Dios mío, me llamaste, nada de esto sabía. Sólo me daba cuenta que iba a ser un alma consagrada a Ti, un alma recogida en Ti y apartada del mundo. Después Tú me has ido enseñando las maravillas de la vida interior y los delicadísimos misterios de tus obras en lo íntimo de las almas que viven intensamente esa vida y su gozo es tratar Contigo. Dios llama al alma, y cuando el alma vive la fidelidad a esa llamada y está junto al Señor, el alborar de un nuevo sol ilumina sus ojos.

Dios llamó a los apóstoles, y cuando quisieron ver dónde vivía les dijo: *Venid y ved*, y vieron que no tenía ni una cueva donde guarecerse. A pesar de no ver nada, le siguieron, y bien conocidas son las maravillas y portentos que Dios obró en ellos y por ellos.

169. Dios es el Maestro del alma. Algo aprende el alma en los libros de los hombres y en los consejos que la dan. Algo con los ejemplos santos que recibe. Pero la luz que los hombres pueden comunicarla es como tinieblas comparada con la luz que Dios pone por Sí mismo en el alma cuando el alma le trata.

Mucho aprendió Santa Teresa en los libros buenos que leyó, mucho aprendió en las conversaciones y en el trato que tuvo con hombres muy competentes, pero dice que Dios fue su Maestro

verdadero y una palabra de Dios ilumina más que todos los estudios y abre horizontes nuevos de luz y de gozo. Cuando el alma mira que lleva dentro de sí misma a Dios y se recoge con El en amor, sabe que lleva el sol de la luz y trata con el autor de la misma ciencia y la fuente del amor. Cuando haya sido purificada sentirá los efectos inefables que Dios la comunique y se verá bañada de luz, de amor y de conocimientos altísimos del Señor. Es Dios mismo quien está en el alma para enseñarla y divinizarla. Es Dios mismo quien hace la transformación del alma fiel en unión de amor.

¿Cómo y cuándo he tenido yo conocimiento de esto, lo más grande y lo más delicado que puede vivirse y sentirse en la tierra? Al sentir el llamamiento a la vida interior y de recogimiento me imaginaba yo un alma consagrada y que iba a ser jardín de Dios, donde Dios se recrearía y yo con El. Todo muy hermoso, todo muy lleno de encanto y delicia, todo muy lleno de flores de dulzura en silencio de cielo. Ya recogido con Dios, me he encontrado con la cruz: la cruz de dentro y la cruz de fuera; la cruz del sentido y también la cruz del espíritu. Pero sé que la cruz me lleva a la luz y al triunfo del más radiante y espléndido amor. Por la cruz se adquiere la ciencia y la vida del amor. Si todavía no me le ha comunicado el Señor, es porque aún no me he purificado y limpiado bien.

170. No sabía yo la importancia que tiene el vencimiento de mí mismo y de mi amor propio en la vida espiritual para que se haga en mi alma la transformación y unión de amor con Dios. Jesucristo me lo dice en su Evangelio: *El que quiera venir en pos de Mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.* Me es imprescindible vencer mi amor propio y someter mi voluntad con rendimiento perfecto a la obediencia. Ayuda el lugar retirado y silencioso; ayuda el trato con personas santas; ayuda la penitencia, pero si no me he despojado de mi amor propio y no me someto a la obediencia rendidamente, no he entrado de lleno en la senda de la perfección ni he vislumbrado el jardín del amor. La voluntad de Dios no está en lo que agrada a mi voluntad ni en lo que yo quiero que disponga de mí, sino en lo que El dispone por la obediencia, aun cuando no me parezca prudente lo dispuesto. Tengo que mirar que es Dios quien lo dispone. Santa Teresa me hacía esta muy sutil, pero muy necesaria observación: *El que quiere la virtud muy puesta en razón, nunca tendrá mucha virtud.* Que es decirme: El que quiera que le manden y le vengán las obras muy bien mandadas y con mucha delicadeza y mucha prudencia y con justa oportunidad y muy razonablemente, nunca se santificará ni llegará al triunfo del amor, porque no se ha entregado a Dios ni deja que Dios le deshaga y purifique. En tanto se entrega a Dios

en cuanto le agrada y es razonable y está muy bien dispuesto, y eso no es entregarse a Dios; eso es seguir su razón y su amor propio, un amor propio muy razonado, pero no es amor de Dios. Jesucristo se entregó contra toda razón y prudencia humana a la crucifixión y a la más afrentosa deshonra; abrazó ser víctima de la calumnia. Ofreció su honra. Triunfó con la más perfecta y alta santidad.

Tengo que dar entrada a Dios para que tome posesión de mí ser totalmente, y Dios no puede tomar esta posesión mientras dentro de mí tenga mi propio amor.

No tenía yo ni idea de la transformación del alma en amor de Dios o de la unión del alma en amor con Dios; nadie me lo había dicho.

171. Aún creo que en las mismas Ordenes religiosas, tanto de hombres como de mujeres, se trata muy poco de esta maravilla que Dios quiere hacer y que es principalmente para lo que les llama. Una falsa humildad les hace discurrir que no son dignos de tan alta merced de Dios y que Dios no la va a obrar conmigo ni Dios me ha llamado a mí para hacer en mí esta unión.

Dios mío, ¿cómo me atreveré yo a pensar de este modo y cómo se atreverán a decirlo los religiosos y las religiosas que no dejan de repetir que son esposas de Jesús? ¿Es que se puede ser verda-

dera y perfecta esposa sin esta unión y compenetración? Si no les habéis llamado para esta unión, ¿para qué les habéis llamado? Lo más grande y hermoso de la vida religiosa es la unión de amor con Dios; si el ideal más alto y más delicado y regalado y el más perfecto que se puede tener de la vida religiosa y de la santidad es esta unión de amor con Dios, ¿cómo me atrevería a decir de Vos, sin calumniaros, que no queréis hacer esta unión de amor conmigo? Si el fin principal de la vida religiosa es esta unión de amor con Dios, si decía San Juan de la Cruz de todos los hombres que *para este fin de unión de amor con Dios nos ha creado*, ¿cómo puedo yo atreverme a decir que Dios no me ha llamado a mí para hacer conmigo esta unión? Muy ciego sería y muy equivocado estaría si no viera que no soy digno de que Dios la haga. Pero precisamente para esto me llama el Señor: para que yo ponga con humildad y esfuerzo cuanto esté de mi parte, procure andar en su presencia y en su compañía, y El mismo me preparará, hará en mí cuanto sea necesario y obrará la maravillosa transformación y más maravillosa unión de amor con El.

Yo no soy digno; nadie es digno de que Dios haga esta maravilla en su alma; nadie sabe hacer tal prodigio en sí mismo. Sólo Dios sabe y puede hacerlo, y Dios quiere hacerlo en mi alma. Yo, Dios mío, os pido le hagáis en mi alma y cada una

de las almas dadas a la vida interior os lo pide como os lo pido yo y lo quiere. Me habéis llamado y he venido a recogerme aquí con Vos mismo, en vuestra compañía y en Vos mismo. Ya me lo enseñaba David, vuestro amado: *«Sálvame, oh Señor, pues tengo puesta en Ti toda mi confianza... El Señor es la parte que me ha tocado en herencia y la porción destinada para mí... El delicioso sitio me cupo la suerte. Hermosa es en verdad la herencia que me ha tocado... Hicísteme conocer las sendas de la vida; me colmarás de gozo con la vista de tu divino rostro; en tu diestra se hallan delicias eternas...»* (Salmo 15).

«A Ti, oh Señor, he levantado mi espíritu. En Ti, oh Dios mío, tengo puesta mi confianza: no quedaré confundido... Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad para los que buscan su santa alianza y sus mandamientos... El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién he de temer yo? El Señor es el defensor de mi vida, ¿quién me hará temblar?... Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré: que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida para contemplar las delicias del Señor frecuentando su templo. El es quien me tuvo escondido en su tabernáculo: en los días aciagos me puso a cubierto en lo más recóndito de su pabellón... Estaré alrededor de su tabernáculo inmolando sacrificios de júbilo, cantando y entonando himnos al Señor... Contigo ha ha-

biado mi corazón; en busca tuya han andado mis ojos. Oh Señor, tu cara es la que yo busco. No apartes de mí tu rostro... En tus manos encomiendo mi espíritu. Tú me has redimido, oh Señor, Dios de la verdad. ¡Oh cuán grande es, Señor, la abundancia de la dulzura que tienes reservada para los que te temen! Tú la has comunicado abundantemente... a aquellos que tienen puesta en Ti su esperanza. Tú los esconderás donde está escondido tu rostro, librándolos de las inquietudes de los hombres. Pondráslos en tu tabernáculo... Bendito sea el Señor, que ha ostentado maravillosamente su misericordia conmigo en la ciudad fortificada» (Salmos 24, 26 y 30).

Me ha llamado el Señor y he venido siguiendo su llamamiento. Me ha llamado Dios para esconderme en su luz y hacerme luz; me ha traído y escondido en su hermosura para transformarme en hermosura; me ha metido en su verdad y en su amor para quitarme toda la oscuridad, todo error, toda mancha y poner mi alma blanca y hermosa y brillante con la hermosura y encanto de la verdad y amor divinos. La verdad me enseña a entregarme y el amor consume la entrega a Dios.

He escogido vivir la vida interior y escondida en Dios para que Dios me haga perfectamente suyo, transformándome y comunicándome sus perfecciones, y tome total posesión de mi alma y me

haga una cosa con El, estableciendo misericordiosamente la unión de amor conmigo.

172. El fin de la vida religiosa y lo perfecto de la vida religiosa, como de toda alma de vida interior, es *la unión de amor con Dios*. No es una exageración; es la realidad dichosa que Dios quiere de mí y no dejará de realizarla si me encuentra fiel. Si Dios no lo ha realizado conmigo, si aún no me ha concedido esta gracia, es porque yo no he correspondido, no me he entregado, no me he vaciado de mí y entregado a Dios por las prácticas de las virtudes.

Yo procuro el recogimiento, porque quiero vivir no sólo con Dios y en Dios, sino vivir al mismo Dios y Dios quiere esto de mí. Pero espera mi cooperación para preparar mi alma y poder concederme esta gracia, superior a toda otra. Aun cuando yo lleve muchos años de religioso en la Orden más austera y recogida, si no me preparo para este nobilísimo fin, si no practico las virtudes y trabajo por negarme a mí mismo en mansedumbre y sumisión, aún no he empezado la vida religiosa, aún no estoy en el camino recto de la vida interior ni de la perfección.

Aspirar a la unión de amor con Dios es procurar seriamente vivir la perfección, es formar atmósfera de Dios para respirar a Dios, para mirar a Dios, para vivir a Dios; es el gozo de la soledad

del retiro en la celda o de la ocupación con Dios y del ofrecimiento de la voluntad propia y de todas las acciones a Dios. Con más verdad que el poeta, no con tristeza de lágrimas, sino con gozosa alegría, dice el alma al Señor :

Por Ti el silencio de la selva umbrosa,
por Ti la esquividad y apartamiento.

Si vivo en esta atmósfera de Dios, todo lo recibiré venido de Dios y dispuesto por Dios. Lo que manda mi regla, lo que ordenan mis superiores, lo que me impone mi obligación, es mandato, ordenación e imposición del mismo Dios, mi Amado, a quien tengo ofrecido mi voluntad y todo mi ser, y yo lo acepto gustosísimo y con toda la delicadeza de mi amor, porque es Dios quien me lo manda. Dios no viene a decirme al oído: Tienes que hacer este trabajo o esta ocupación; tienes que hacer ahora tu oración o mortificación. Pero sé y tengo fe de que cuando me lo dice el Evangelio o la regla o mi superior es Dios quien por ellos me lo dice. No desempeño yo mi obligación ni realizo una obra delante de los ojos del superior o de mi hermano, sino delante de los ojos de Dios mismo y sabiendo que hago su voluntad.

Esto me enseña a sobrenaturalizar mis obras todas. Llamo sobrenaturalizar mis obras cuando pongo rectitud de intención en hacerlas por Dios.

Sé que en ese caso realizo por Dios la obra, la ejecuto delante de la mirada de Dios y en su compañía o Dios conmigo y en mí, agradándose de mí. Si sé, Dios mío, que os agradáis en mi obra, ¿no me llenaré de gozo, de alegría, de contento, como un niño que se goza agradando a sus padres? ¿No es ésta mi aspiración?

Sé, oh Señor mío, que Vos os contentáis en mi contento, porque estoy obedeciéndoos y haciendo vuestra voluntad y del modo que Vos queréis. Pero si emperezco y no realizo lo que mandáis por los que están en vuestro lugar, vuestros ojos no pueden reflejarse en mi alma con alegría. ¡Bendito seáis que me dais tanta seguridad para hacer vuestro querer y complaceros!

173. Si no miro los ojos de Dios en mí, olvido lo que he venido a vivir y debe ser mi única aspiración y mi amor: Dios, Dios, ¡la presencia de Dios! ¿Dónde estaré yo que no esté Dios conmigo y en mí? ¿No vivías tú esto, oh santo rey David, cuando decías: *«¿Adónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si fuere... a posar en el último extremo del mar, allí igualmente me conducirá tu diestra. ¿Tal vez las tinieblas me podrían ocultar? Mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme... Porque las tinieblas*

no son oscuras para Ti y la noche es clara como el día: oscuridad y claridad son para Ti una misma cosa» (Salmo 138).

Esto aviva en mí el pensamiento tan delicado, tan hermoso y apto para acrecentar el amor que recordaba a unos monjes solitarios Guido o San Bernardo: *¿Qué haces en la celda? ¿Con quién estás en la celda?*, y generalizándolo a todas las personas deseosas de la vida interior y de amar al Señor: *¿Qué hago en la oración o en la ocupación que estoy realizando? ¿Con quién estoy en el lugar en que me encuentre? Estoy con Dios; Dios está conmigo. Me encontraré afanoso trabajando, temiendo no dar gusto a los demás o que me resulten mal mis obras; me lo agradecerán y alabarán los hombres o me lo despreciarán y criticarán; pero si lo hice por Dios y para Dios, Dios estaba conmigo y siempre se agrada en mi obra, y recibe mi trabajo y me le premiará.*

Ni mira Dios el esplendor de la obra como lo miran los hombres. Estaré yo haciendo la obra más oscura y menos apreciada, y si la hago con amor, es la obra más espléndida y primorosa ante Dios.

Bien puedo considerarlo en la vida religiosa. Un religioso está en la obra necesaria de preparar la comida en su cocina; no puede perder tiempo porque se llegaría la hora y no la tendría preparada; después de haber puesto todo su empeño, le saldrá desazonada o quemada y le murmurarán los

que no hicieron otra cosa que avivar el apetito para comer; él tendrá que humillarse, confesando su inutilidad; pero si la hizo con amor de Dios y por Dios, es la obra más grande y delicada, y Dios se complace en ella y se la premiará con premio bien crecido.

En cambio, otro religioso que se dedica al estudio, aun cuando sea de las materias más altas y sagradas, si lo hace por adquirir erudición y conocimientos y ser tenido por sabio, o ser admirado por su elocuencia, o por la elegancia de su dicción y lo profundo de su ciencia, sólo habrá conseguido realizar una obra despreciable a los ojos de Dios. El que está en la cocina y tiene que tener presta la comida a su tiempo, no puede perder ni un momento; el que se dedica al estudio, ¡cuánto tiempo pierde, aun el más ocupado y el que más pregona que está muy atareado!

Los hombres no pueden tomar razón del tiempo perdido y yo puedo engañar, pero no puedo engañar a Dios, y Dios me tomará cuenta del tiempo.

San Juan Clímaco alaba admirado la santidad del cocinero de una comunidad, que tan humilde era que ni aun de servir a la comunidad se consideraba digno. ¡Y era muy santo en su simplicidad y en su trabajo!

La Virgen Santísima se santificó en la ocupación de hacer su comida y la limpieza de su casa,

y San José en su trabajo duro y ordinario, y llegaron a las cumbres más altas de la santidad más excelsa que se ha vivido en la tierra. Lo hacían por Dios, estaban con Dios.

174. También yo estoy en Dios y Dios está conmigo. ¿Por quién realizo yo mis quehaceres? ¿Para quién los hago? Dios lo mismo está presente a mí cuando estoy recogido en la iglesia que cuando estoy en el trabajo más humilde y costoso. Estoy con el mismo Dios y en el mismo Dios y debo estar haciendo su voluntad. Estoy delante del mismo Dios.

Si un religioso, si una religiosa, si un empleado cualquiera está cumpliendo la obediencia y el deber, como digo, por ejemplo, en la cocina, y está con cuidado, y está muchas veces quemándose, y llenándose de humo y del vaho de los alimentos, y queda luego impregnado en ese olor, y recibe quizá el desprecio de que es un inútil, y todos esos trabajos y miserias se los ofrece a Dios y está con Dios, está haciendo la obra más agradable y meritoria a los ojos de Dios. ¡Con qué gozo de alegría lo ven los ojos del Señor! ¡Cómo se complace el Señor en las obras de esa alma y recoge su sacrificio, su decisión, su entrega para premiarla largamente con su paga inefable de cielo! El alma que hace la obra buena y la hace con toda su delicadeza de amor, no sólo realiza la obra natural-

mente buena, sino que la sobrenaturaliza haciéndola por Dios y para Dios, pero también en Dios y con Dios. Dios está con el alma y el alma con Dios en íntima compañía.

Esta sobrenaturalización de la obra y este estar con Dios lo podemos hacer todos; lo hace el labrador santo como San Isidro cuando necesariamente tiene que remover sin descanso la tierra y sembrarla si quiere recoger el fruto. No puede perder el tiempo, porque no haría la siembra ni recogería cosecha.

Y puedo yo estar en la iglesia o aparecer que me dedico al trabajo intelectual y puedo, sin que lo noten los hombres, estar perdiendo el tiempo no haciendo nada y entreteniéndome en fruslerías o en lo que no debo o en mis caprichos, no ganando ni la comida que me dan, ¿cómo podré tener virtudes ni agradar a Dios si eso hago? Y puedo estar en el lugar de la oración y estar con la imaginación recorriendo el mundo y aun las vanidades del mundo y ambicionando mundo; pierdo también el tiempo más santo. ¿Cómo podré agradar a Dios? No me pueden mirar con gozo los ojos del Señor. No trabajo en la perfección ni en las virtudes. No estoy con Dios en amor, ni he entrado con Dios, antes le dejo y menosprecio.

Y me pregunto de nuevo: ¿con quién estoy en mi retiro o en mi celda? ¿Qué hago en mi retiro y en mi celda? Porque mi retiro es el lugar

donde habitualmente vivo. En mi retiro y en mi celda debo hacer lo que los ángeles hacen en el cielo, y cuando por obligación he de salir de mi retiro, también como los ángeles, una vez cumplido mi encargo, sin dejar de estar en Dios, volveré a mi retiro para estar en Dios, como los ángeles. Los ángeles están embebidos y unidos y hechos de una misma cosa con Dios; los ángeles están amando a Dios con todo su ser en el gozo infinito, están haciendo la voluntad de Dios compenetrados con ella, están viviendo la misma vida de Dios y todas sus perfecciones según su capacidad y están alabando a Dios totalmente entregados a Dios.

Esta ha de ser mi vida; ésta es la vida que yo he escogido y ésta es la verdadera vida espiritual e interior. ¡Debo estar en Dios y en la máxima actividad de mi amor a Dios! Mi atención, mi afecto, mi deseo, mi obra, todo debo dirigirlo y tenerlo en Dios y hacer de mi retiro un cielo lleno de la presencia de Dios y ocuparme sólo de los negocios de Dios.

175. Admirablemente me lo indica Guido en su *Carta a los religiosos del Monte de Dios*, diciéndome: «*Esta es vuestra profesión: buscar al Dios de Jacob, no del modo que lo buscan todos, sino buscar el rostro de Dios del modo que lo vio Jacob cuando dijo: He visto a Dios cara a cara y mi alma*

vive. *Buscar y ver a Dios es procurar conocerle...*

»*La piedad es el continuo recuerdo de Dios y el continuo esmero por conocerle mejor y el siempre más esforzado afecto en amarle para que el alma ofrecida a Dios no tenga no diré un solo día, pero ni una sola hora, que no se esmere en vivir este ejercicio y en ver el modo de adelantar y de estar viviendo tan gozosa dulzura y gozando de tanta alegría...*

»... *Cualquiera de vosotros que no tenga esto en su conciencia y no lo manifieste en sus obras, no vive en la celda; está solo, pero no puede llamarse solitario ni la celda es celda para él, sino reclusión y cárcel. Verdaderamente que está solo el que no se mira acompañado de Dios; verdaderamente, es un recluso el que no vive en la libertad de Dios...*

»... *La soledad y la reclusión son nombres de miseria... Mas en modo alguno debe ser la celda reclusión de la necesidad, sino morada de la paz, puerta cerrada, no de terror sino de secreto amor...*

»*El que se mira acompañado y metido en Dios nunca está menos sólo que cuando está solo, porque es entonces cuando goza del deseado gozo a todo su placer. Entonces se ve dueño de sí mismo para gozar todo de Dios en sí y gozarse de sí mismo en Dios. Entonces se le presenta más hermosa su conciencia en la luz de la divina verdad y en lo despejado del corazón limpio y se le llena la me-*

moria de afecto a Dios sin impedimento alguno, o bien recibe el entendimiento especial luz y se goza su voluntad en su ansiado bien...

»... Por esto la vida que os habéis propuesto vivir es más en el cielo que en la celda. Salisteis por completo del mundo y os habéis encerrado con Dios...

»... La vida de la celda y del cielo son muy afines, pues como al parecer las palabras cielo y celda tienen una misma raíz, también la tienen en la piedad. De la palabra celar parece proceden cielo y celda, y lo que se ceta o cuida en el cielo, se ceta y obra en la celda; lo que se hace en el cielo, se hace también en la celda. ¿Y qué se hace? Estar ofrecido a Dios y estar gozando de Dios...

»Cuando en la celda se vive esto devota y fielmente, como está mandado, me atrevo a decir que los ángeles de Dios tienen las celdas por cielos y lo mismo se gozan en las celdas que en los cielos. Pues haciendo continuamente en las celdas lo que se hace en el cielo, el cielo y la celda se acercan en la semejanza y en el misterio; en el afecto de la piedad y en la realidad de la obra, que es muy parecida a la del cielo y se ve que el camino de la celda al cielo ni es muy largo ni difícil para el alma cuando está en la oración o cuando sale del cuerpo...

»... La celda es la tierra santa y el lugar santo donde conversan Dios y el alma como un hombre

con su amigo. En la celda se une íntimamente el alma fiel al Verbo de Dios, la esposa acompaña a su Esposo, lo celestial viene a unirse a lo terreno, lo divino a lo humano.

»Y como el templo santo es morada de Dios, la celda lo es del siervo de Dios. En el templo como en la celda se tratan las verdades divinas, pero más continuamente en la celda. En el templo se administran visiblemente algunas veces los sacramentos de la gracia, mas en las celdas se celebran sin interrupción, como en el cielo, la realidad de las verdades todas de nuestra fe, con la misma verdad, con el mismo orden, aun cuando todavía no con la misma grandeza y gozo, ni con la seguridad de la gloria...»

Pero no se tolera el ocio en la celda. «El ocio es el lodazal de todas las tentaciones y de los pensamientos malos e inútiles. El ocio inactivo es la más tremenda maldad del entendimiento... No es ociosidad estar quieto con Dios y atento a El, antes ese es el negocio de todos los negocios. El que viviendo en la celda no vive con fidelidad y fervor, verdaderamente está ocioso y lo está también cuando hace cualquiera otra ocupación que no la hace para agradar a Dios... Es risible hacer cosas inútiles para no estar ocioso y es ocioso todo lo que no es de alguna utilidad o con intención de que sea útil» (Ad Fratres de Monte Dei).

Larga es la enseñanza que me da Guido, pero

hermosísima en gran manera, y recopila cuanto yo quisiera pensar.

176. Como los ángeles en el cielo están en Dios, viendo a Dios, empapados y gozando a Dios gloriosamente, como siempre están en más crecido gozo alabando y admirando la infinita perfección de Dios y unidos a su voluntad, también yo en mi retiro y en mi celda he de estar en Dios, empapado en Dios, lleno de Dios, alabándole, ofrecido a su voluntad en todo. Mi retiro o mi celda es el lugar habitual donde yo vivo y mi gozo es saber que estoy amando a Dios, que Dios está en mí y me llena y llena mi celda como el cielo, aun cuando no de modo glorioso ni con la visión de su esencia. Dios está conmigo y en mí y yo estoy con Dios, amando a Dios como los ángeles en el cielo y unido a su voluntad. Su querer es el mío, como el querer de Dios es el querer de los ángeles.

En mi retiro y en mi celda hago la vida de los ángeles, pero no gloriosamente, sino en amor y en sacrificio, y estoy negociando con Dios sus grandes negocios.

Dos principales negocios me encomienda el Señor: primero, el negocio de la santificación de mi alma.

Quiere el Señor de mí que ponga cuanto pueda para hermohear mi alma con las virtudes e iluminarla con el amor. Quiere que me prepare para

la transformación y la unión con El. Sólo Dios puede obrar la transformación y la unión con El; sólo Dios puede darme la santificación. Es obra exclusiva del divino Artífice. Dios está deseando realizarla y no la realizará si yo no hago cuanto está de mi parte. Dios me lo pide; exige mi cooperación y mi fidelidad. Tengo que ponerme totalmente en sus manos y ofrecerme a su voluntad.

El segundo negocio que hacen los ángeles es cuidar de la salvación de las almas con su súplica, con su alabanza e intercesión.

También yo en mi retiro he de negociar el negocio de la salvación de las almas que me encarga el Señor con mi súplica, con mi alabanza, con mi oración. Me ha escogido para ser en mi retiro la alabanza suya por todas las almas de todo el mundo. Me ha traído para que contribuya a la corrección de las almas y he de hacerlo en su compañía y de modo muy distinto de los ángeles. Dios quiere de mí la expiación por los pecados no sólo míos, sino de todos los hombres. Estoy unido a Jesucristo y uno mis obras a las suyas, mis sacrificios a los suyos, mi amor y mi ofrecimiento a los suyos, y como El redimió a todos los hombres, yo me ofrezco por todos los hombres. Jesús me llama a ser corredentor con El y abrazo la expiación por la súplica, por el sufrimiento y por el amor con El. ¡Grande es el negocio que se me encomienda en mi retiro o en mi celda! ¡Grande la importan-

cia de la oración y del sacrificio! No puedo perder tiempo en la compañía de Dios.

177. Esté donde esté y viva donde viva, estoy en Dios y con Dios y Dios conmigo. Me he escondido en el retiro y vida interior para estar con Dios, para vivir en Dios, para que Dios me haga amor suyo, para que Dios prepare y transforme mi alma y la una en amor con El.

La unión de amor con Dios es lo más grande y maravilloso. Veo tan alta y hermosa la unión de amor con Dios, que no me parece posible sea para mí ni que esté al alcance de mis fuerzas. Y en verdad no lo está. La unión de amor con Dios es superior a las fuerzas humanas y no se puede merecer. ¡Tampoco se puede merecer en rigor de justicia la gracia! Como Dios quiere que yo viva en gracia y crezca en gracia, siendo la gracia superior a mis fuerzas, también quiere el Señor hacer la unión de amor conmigo y para esto me ha llamado y escogido. Como Dios me ha llamado para ser santo y debo serlo. Porque si Dios me encuentra fiel y diligente en las virtudes, me dará la gracia, establecerá su unión de amor conmigo, me colmará de santidad. *Esta es la voluntad de Dios: que yo sea santo*, que me prepare para la unión de amor, que El está deseando hacer tras la purificación y transformación. Si no me esfuerzo por serlo hoy, en este mismo momento, no lo seré nunca.

¡Dios mío, ser vuestro, ser vuestro! ¡Estar en vuestra compañía! ¡Estar unido con Vos, unido mi entendimiento al vuestro, mi voluntad a la vuestra, mi amor al vuestro! ¡Amar y vivir unido a Vos! Esto excede todo ensueño y toda ilusión. Esta debe ser mi realidad aquí en mi vida en la tierra. No aún gloriosamente, pero sí realmente.

Espero vivir eternamente con Dios en la gloria ya viéndole y poseyéndole. Seré entonces feliz. También ahora vivo en Dios; no le veo, no poseo aún los efectos gloriosos, ni me hace sentir su dichosa presencia, pero sí sé que estoy realmente en el mismo Dios que después me hará sentir sus efectos y para siempre feliz. El mismo Dios realmente está en mí y me ama con amor infinito, pero no glorioso, sino santificador, meritorio y expiador. ¡Vos, Dios mío, estáis realmente, infinito como sois, en mí y estáis amándome y poniendo amor!

No es lo grande que yo sepa por la filosofía que Dios está en mí por esencia, presencia y potencia. Lo está de ese modo en todos los seres: en el agua que bebo, en el alimento que tomo, en el aire que respiro, en cuanto ven mis ojos. Lo grande es que está en mí por amor, está por gracia sobrenatural, que es su amor especial; está levantando mi alma a lo sobrenatural, a su abrazo. Yo estoy en Dios. Si espero estar eternamente con El en la gloria, viéndole y viviendo su misma vida, su misma felicidad, debo gozarme pensando que ese

mismo Dios de gloria, que he de gozar, que me ha de hacer feliz con su visión, o la visión de su esencia, es el mismo que está ahora en mí, está realmente presente en mí, llena mi alma y sus potencias, está en mis pensamientos, en mi voluntad, en mi entendimiento, se hace mío, mío, debe estar en todos mis afectos, y me ha llamado, y yo estoy con El en la oración.

A Ti, Dios mío, ofrezco todos mis afectos, deseos, pensamientos y obras; sólo para Ti quiero vivir. Si Dios es la alegría del cielo y de los bienaventurados, también debe ser mi alegría en la tierra, aun cuando me oprima el dolor y la sequedad; también debe ser mi alegría aquí, aun cuando me encuentre abatido por el desconsuelo y sienta el peso de la cruz. Todo esto me lo regala Dios para bien, está conmigo ayudándome y animándome y me lo regala para darme más amor y más cielo. La esperanza me enseña que me lo da porque me ama y para amarme más, como la fe me dice que está en mí y conmigo y dándome amor...

178. No he escogido el retiro para vivir el cielo en la tierra, sino para prepararme para la vida sobrenatural y adquirir amor para el cielo. Mi vida en la tierra con Dios es estar ganando y atesorando tesoros para el cielo y expiar o comprar almas para Dios. En el cielo gozaré ya gloriosamente de los tesoros acumulados.

Cuanto yo pueda pensar y soñar de las grandezas de Dios, por alto y delicado que sea, y cuanto pueda hablar de las perfecciones y maravillas de Dios, todo es como nada y oscuridad e ignorancia comparado con la realidad infinita de Dios; pero es lo más noble, lo más hermoso, lo más delicado, regalado y grande que se puede pensar y de que se puede hablar.

Además de ser lo más hermoso y alentador pensar y hablar de la grandeza, hermosura y bondad de Dios, es también lo más provechoso, porque el solo recordar tanta belleza, tanta grandeza y tanta perfección y gozo, despierta una nueva luz en la inteligencia y pone aliento y decisión en el ánimo, comunicando esfuerzos para cuantos heroísmos haya que realizar. Se hacen heroísmos por los bienes humanos y terrenos, ¿no nos determinaremos a hacerlos por los bienes celestiales y divinos? Se desea el trato de los hombres renombrados, ¿no buscaré yo el trato de Dios, el estar en Dios y que Dios tome posesión de mí y me llene de Sí? Dios mismo me anima a vivir en Dios y aun me lo manda amoroso.

Mi ánimo se sobrecoge de angustia y de admiración leyendo lo que escribe un narrador-poeta de los padecimientos, de los heroísmos, de los incalificables atrevimientos, de las miserias, terribles penalidades, hambres desesperantes e inacabables desgracias padecidas por los colonizadores y des-

cubridores de las Américas. Muchísimos murieron de hambre y en la miseria más desesperante, soñando encontrar una grandeza o poderío quimérico que no lograron alcanzar ni el uno por mil de cuantos lo buscaban. Los más morían de hambre, perdían su vida en miseria y desastrosos reconocimientos de terrenos o en más desastrosas batallas, tanto que pienso yo que en los cimientos de América se enterró la ventura y grandeza de España. Pero los pocos que volvían a España venían contando sueños de grandezas y ocultaban la miseria real. El poeta coetáneo se lamenta y dice:

Como si fuese pura verdad vende
lo que sabemos ser acá patraña;
y no sé con qué excusa se defiende
aquel que tantos míseros engaña
haciéndoles creer que donde vino
dejó montes cubiertos de oro fino.

Y así, por mejorar su pasadía,
vienen mil hombres a peor estado.

Y a pesar de ser mentira lo narrado, crecía la ilusión y se despoblaba España para ir a las Américas, y hundían en la miseria a muchos de los que emigraban y a la nación que dejaban.

Pues pensando yo esta grandeza de Dios superior a toda otra grandeza criada, de que Dios está en mí, de que Dios toma posesión de mí, de que el trato con Dios y el ofrecimiento a Dios me

transforma y diviniza, no sueño ninguna ilusión, no voy a ninguna desafortunada aventura, voy a la realidad más grande, voy a tomar posesión del amor de Dios y del mismo Dios, voy a la realidad infinita de poseer a Dios, voy a ser de Dios y Dios se hará mío en acto de amor infinito. ¿No me abrazaré yo con todos los heroísmos para vencer las pruebas y los contratiempos y las persecuciones y sumergirme en Dios y meterme más intensamente en Dios todo luz y dicha y sabiduría y hermosura y gozo de amor? ¿No querré dejarme crucificar con el Crucificado por convertirme en su amor?

179. Y esta vida de dichosas ansias sobrenaturales, de levantamiento de espíritu en deseos de conocimiento de Dios y del gozo de la hermosura de Dios no la comunica Dios más al sabio que al no instruido, sino al más limpio de corazón. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

Es verdad que el sabio estudia las propiedades de la naturaleza. Es verdad que llega a pensar algunas cualidades, algunas perfecciones que parece debe tener el Ser necesario, Dios. Esto que yo ahora pienso no lo invento yo. Lo deseo sentir, conocer y vivir, pero lo he leído en filósofos y teólogos y en muchos santos. ¡Qué diferente es la expresión del filósofo y la del santo! Leo maravillado lo que Aristóteles llegó a escribir y pensar

de algunas perfecciones de Dios y del ser necesario, y no dejó de ser politeísta ni aun llegó a tener verdadero concepto de Dios. Leo a San Bernardo o a Santa Gertrudis. Leo al frente de todos a San Agustín y a Santo Tomás. Leo a fray Luis de Granada, a Nieremberg, a Santa Teresa de Jesús y a San Juan de la Cruz, y con las maravillas que me dicen de Dios y su grandeza y hermosura, me llenan la inteligencia y la imaginación, pero siento al mismo tiempo el hervir de sus corazones en amor al Señor y calientan el mío. Porque los escritos de estos santos son como mar hirviente de amor y de admiración a Dios; son vapores y perfumes de la grandeza, de la hermosura, de la bondad y amabilidad de Dios, que encantan y empapan en tanto bien y se ve redundar el gozo de quienes lo escriben y hacen nacer el gozo y brillar la esperanza de los que lo leemos. ¡Qué encantador nos hacen ver a Dios! ¡Qué buenísimo Padre se nos presenta Dios! No invento yo.

Digo que no se comunica más Dios al sabio que al sencillo. El sabio analiza las perfecciones en sí y las perfecciones en Dios; el sabio estudia la ciencia de Dios, el poder de Dios, la hermosura y felicidad de Dios, y nos dice que es infinita. ¿Qué es ser infinita? Que no puede compararse con nada. Que excede toda comprensión, que no se puede tener idea unívoca de Dios con el saber humano.

El sencillo cree. El sencillo no necesita saber.

El conocimiento de la fe me enseña que Dios excede todo conocimiento; lo mismo que me decía el sabio, y yo, no sabiendo nada y creyendo, sé tanto como el más sabio, que tampoco sabe nada de Dios. Es cierto que el saber puede ayudar mucho cuando se quema en el brasero de la fe. No necesito saber con ciencia especial para saber de Dios más que el sabio si soy sencillo y limpio de corazón. Esta ciencia pesa más delante de Dios que el estudio de los libros. No necesito saber mucho para saber ser santo. No son los sabios quienes se santifican, sino los buenos, *los limpios de corazón*, y ellos reciben el conocimiento especial comunicado por el mismo Dios.

El conocimiento que tiene de Dios el sabio por el análisis de la ciencia y por los argumentos y nociones de la filosofía no tiene proporción ni comparación con la realidad infinita de Dios; en el lenguaje de la tierra no cabe la infinita grandeza y perfección de Dios. De alguna manera tenemos que expresar los hombres nuestro conocimiento sobre Dios, y vemos la belleza externa, el encanto y variedad de la naturaleza, lo inmenso de los mundos, las maravillas que llegamos a conocer, lo maravilloso y lo misterioso de nuestro propio ser y entender, lo profundo e inexplicable de nuestra alma y de nuestros pensamientos, y recogemos todo lo máspreciado material y espiritual y de una más alta y eminente manera lo aplicamos a Dios. Pero

nada de esto se parece a Dios. Dios es sobre todo eso sin comparación. El sabio tiene noción de Dios por esto y su noción es oscuridad y como nada. El sencillo, el limpio de corazón, cree y suplica y tiene conocimiento más alto que el sabio, no sólo por la fe que le habla de lo infinito, y lo infinito no podemos ni imaginarlo, sino porque en su limpieza de espíritu está más apto para recibir la comunicación del Señor y Dios le da una noción y sentimiento más hondo y luminoso de su omnipotencia. No sabe expresar en palabras concretas ni con precisión de conceptos lo que siente de la belleza, del inconmensurable bien y grandeza de Dios, ni recopilar las flores y fragancias de las cosas para recordar la hermosura infinita, pero tiene un sentir altísimo comunicado por el mismo Dios, *que los sabios comprendiendo no le pueden entender*, y ven la bondad de Dios por todas partes y le encuentran amoroso dentro de su propia alma en *aspirar sabroso de bien y gloria lleno*. Como no hay nubes que impidan llegar la luz de Dios al limpio de corazón y sencillo, Dios le ilumina más y le hace sentir más intensa su verdad y su presencia. ¿Quién no le admira y le ama leyendo los encantos que de El escribe Santa Teresa y las delicadezas de San Juan de la Cruz?

Esto me explica por qué Dios hace sentir con más frecuencia sus efectos místicos en los sencillos y en las mujeres que en los hombres sabios.